

PIETRO SPIRITO

HISTORIAS BAJO EL MAR

Traducción de Álda Ares



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección **HISTORIA Y PENSAMIENTO**, 50

Título original: *Storie sotto il mare*

© Editori Laterza, 2023

© Del texto, Pietro Spirito, 2023

© De la traducción del italiano, Álda Ares, 2025

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2025

Todos los derechos reservados.

Este libro ha sido traducido gracias a la Ayuda a la traducción del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación italiano.

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione italiano.

Primera edición: enero, 2025

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de cubierta: Ezequiel Cafaro

Fotografía de cubierta: *Buzo*. Placa ilustrada que representa el medio de transporte y exploración del mar. Ilustración de *Il Mondo Illustrato*, un libro educativo para niños de alrededor de 1900. © Fototeca Gilardi

ISBN: 978-84-129012-2-1

Thema: NHTM, JWCK, NKR

Depósito legal: M-301-2025

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

Sumario

1. CRIATURAS DEL MAR Y LOS ABISMOS	11
El tiburón	13
Hadas en la oscuridad	24
Engaños	32
2. DE GUERRA Y DE AVENTURA	37
Jules Verne ante el espejo	37
El incursor subacuático	57
La culpa	76
Retorno a la acción	83
3. LOS INCURSORES DE LA DÉCIMA MAS	93
Lampedusa	93
Ahogo	97
Objetivo: puerto de Nueva York	101
Lobo de los mares	105
Secretos	112
Saboteadores	119
Coincidencias	128
Desmentidos	131
4. EL MISTERIO DEL HOMBRE RANA	143
Mensaje en una botella	145
Destinos inesperados	147
Macabras visiones	153
La insidia de la Osa Mayor	156
Regreso a casa	165

Misión peligrosa	169
Extrañas desapariciones	177
Otras verdades	187
5. LAS CIUDADES SUMERGIDAS	201
Yibuti	201
Una muchacha en el fondo del mar	211
Once hombres (y otra mujer) en el fondo	219
Una locura	225
Paréntesis mediorienta	240
La operación Delfín	249
En casa	252
6. EL PUNTO MÁS OSCURO DE LA TIERRA	255
Muerte en Trieste	260
La mujer del batiscafo	269
En el abismo	275
En el fondo más hondo	283
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	287
AGRADECIMIENTOS	297

«Profesor» —me dijo el capitán— «si no tiene inconveniente, vayamos a establecer exactamente nuestra posición y a fijar el punto de partida de este viaje. Falta un cuarto de hora para el mediodía y ahora emergemos a la superficie».

JULES VERNE, *Veinte mil leguas de viaje submarino*

Criaturas del mar y los abismos

Tal como están las cosas, no me resta mucho de vida. Han pasado ya tres años, pero tarde o temprano dará conmigo y tendré que rendir cuentas. Tal vez hayamos exagerado, yo haya exagerado. Es un hecho indiscutible que el planeta ya no puede soportar nuestro peso. Nos lo repetimos todos los días, tenemos pruebas concretas de ello y, sin embargo, continuamos haciéndonos daño, y al final tendremos que pagar las consecuencias. Además, en mi caso, no se trata solo de eso.

Cada uno de nosotros tiene sus propios defectos, y los míos son precisos y circunstanciados. Como los de los demás, supongo. La cuestión es que tarde o temprano la vida nos pasa factura. Por eso sé que un día, quizá no muy lejano, de un modo u otro él dará conmigo y me las hará pagar.

Me doy cuenta de que hasta cierto punto no es más que una fantasía. Una idea abstracta y obsesiva que me ayuda a aplacar los remordimientos de conciencia. Pero, cuando se trata del mar, de los océanos, del agua y de todo lo que se agita y afecta al mundo de las profundidades, nunca se puede estar seguro de la frontera que separa lo verdadero de lo falso, la realidad del sueño, la ciencia del mito, los hechos de las suposiciones, el sueño de la vigilia.

Alguien que no soy yo me insta a que evoque, recuerde y cuente historias del mundo submarino. Me dice que en el mar, bajo la vasta extensión de agua que cubre la mayor parte del planeta, se refleja el significado de nuestra existencia en la superficie. Y que, cuanto más intentemos penetrar en los secretos de la vida en los abismos, más seremos capaces de reequilibrar los valores y responsabilidades hacia nosotros mismos y hacia el mundo que nos cobija.

Alguien que me liga a mi profesión de periodista desearía escuchar historias de los grandes habitantes de esos abismos, como los tiburones y las ballenas, o los tiburones-ballena. O bien las de aquellos pioneros que por vez primera intentaron explorar el fondo marino, como el anarquista catalán Narcís Monturiol. O las de las intrépidas iniciativas de habitar el mundo sumergido, como la pequeña ciudadela sumergida de la operación Atlántida, o bien las aventuras de los héroes de los abismos reacios a serlo como Raffaele Rossetti. E incluso los misterios de intrigas internacionales como el caso del comandante Lionel Kenneth Philip Crabb, el espía que vino del mar, desapareció y, tal vez, volvió a aparecer. ¡Quién sabe! Intrigas donde la verdad y la mentira van de la mano para recordarnos lo enmarañadas que se pueden volver las relaciones humanas, sobre todo cuando se trata de controlar el mundo.

Así pues, debería evocar y narrar qué huellas han dejado las acciones humanas bajo las aguas de los mares, lagos y ríos, allí donde habitan las sirenas, y qué se siente al penetrar en los oscuros rincones

de los océanos y de la Tierra para comprender hasta dónde llega el límite de lo conocido.

Si pudiera, le diría que se fuera a importunar a otra persona. Que yo no soy capaz de hacerlo. Que además no me interesa. Y que tengo otras cosas en qué pensar en este momento: hay un Gran Tiburón Blanco que me está buscando para hacérmelas pagar.

EL TIBURÓN

Un buen día el Gran Tiburón Blanco llegará y me atraparé, como el pez vengador de la película de Spielberg, enviado desde las profundidades para castigar los pecados de los hombres en la tierra. Puedo verlo, todavía sigo su inquieto deambular observando casi cada día la trayectoria satelital.

Despacio, sin prisas, por las mañanas, cuando me apetece y cuando mi estado de ánimo lo requiere, observo en la pantalla de mi ordenador a mi Gran Tiburón Blanco acercarse, alejarse, vagar con la flema de las migraciones naturales. La línea roja de su recorrido es como un bordado hecho de arabescos en el mapa del mundo.

Desde hace tres años, en fases alternas, observo su vagabundeo por los mares del mundo. El primer día que lo intercepté, después de obtener la habilitación electrónica, se dirigía hacia Bengasi. Luego, se lo pensó mejor, y viró rumbo a Trípoli, recorriendo durante algunos días las costas de aquellas tierras turbulentas, como si quisiera patrullar el mar observando las calamidades del hombre en aquel rincón del mundo.

De tanto en tanto el contacto con el satélite se interrumpe, y aún se sigue interrumpiendo, y entonces el trazado de su vagabundeo se detiene en un punto y no se mueve de allí. Pero sé bien que, en realidad, Aletarrota nunca se detiene. Y aunque ahora vea que está lejos, en el océano, tarde o temprano atravesará de nuevo el estrecho de Gibraltar, subirá por el Mediterráneo y entrará por el corto corredor del Adriático en dirección noreste, como ha hecho ya en el pasado, para venir a sacarme de mi escondrijo aquí arriba, en las aguas del golfo de Trieste.

Conozco al tiburón Aletarrota y él me conoce a mí. Nos encontramos por primera vez en la primavera de 2010 en aguas de Sudáfrica, en Gansbaai, un pintoresco pueblo de pescadores en el extremo del continente, donde se juntan el Atlántico y el Índico.

Participaba en mi primera expedición científica con el Centro de Estudios de Tiburones de Massa Marittima, el instituto de investigación privado que organiza exploraciones en todos los mares para estudiar las más grandes especies de elasmobranchios en su entorno natural.

Sumergido en la jaula de protección, participaba en el trabajo de observación y grabación videofotográfica rodeado de varios ejemplares de grandes tiburones blancos atraídos por el cebo alrededor de nuestra motonave, la Barracuda del Shark Diving Unlimited, en medio del corredor del Shark Alley, un estrecho brazo de mar entre dos islotes, considerado uno de los lugares más poblados de los océanos. Se trata de un área circunscrita, donde desde tiempos inmemoriales se ceban centenares de tiburones

blancos cazando a los apetitosos, malolientes y ruidosos leones marinos que se amontonan en las rocas circundantes.

Y fue allí, de pronto, después de haber filmado el paso de un joven macho con la cámara analógica submarina, cuando apareció Aletarrota. Se materializó en las profundidades verde botella del mar desfilando sinuosamente frente a los barrotes de la jaula de observación en la que estaba sumergido. Un ejemplar hembra de al menos cuatro metros de longitud, un individuo ya registrado, catalogado en la base de datos del Centro de Estudios de Tiburones con el cariñoso sobrenombre de Aletarrota, en realidad aleta truncada, por el hecho de tener la aleta dorsal cercenada en la parte superior con una cicatriz dentada grabada en forma de V, como resultado de quién sabe qué accidente o furibunda pelea submarina.

Ya había oído hablar de él durante las sesiones informativas preparatorias de los investigadores del grupo, y su inconfundible aleta dorsal cicatrizada había aparecido en la pantalla del ordenador donde estábamos analizando los datos junto con otras dispositivas que identificaban especímenes presentes en Shark Alley.

Y ahora helo aquí o, mejor dicho, hela aquí, a Aletarrota, frente a mi máscara de buceo: ella fuera de la jaula, en su hábitat del vasto océano, nadando circunspecta con una cautelosa danza depredadora frente a la estructura metálica protectora; y yo, tras las rejas, como un galeote condenado a mis humanas limitaciones, huésped no deseado del mar.

Apagué la cámara encantado por aquel espectáculo. Aletarrota aún dio un par de pases por delante de la jaula, luego se giró y desapareció en la distancia como un fantasma. Pensé que la había perdido. Pero no había pasado ni un minuto cuando reapareció por la izquierda, inesperadamente, im- placable, y pasó tan cerca de la jaula que hubiera podido rozarla con un dedo.

Durante unos instantes muy largos nuestras miradas se cruzaron. El enorme tiburón me observó con su ojo derecho oscuro como el abismo, y en aquel momento sentí la alarmante y atávica sensación de ser absorbido hacia la oscura dimensión del tiempo profundo.¹ Fue como caer en una vorágine sin escapatoria, silenciosa y envolvente, una puerta abierta de par en par hacia una perspectiva insondable, casi inconcebible.

Reflejado como en un espejo mágico en aquella pupila de color azul intenso, me vi tal como era, tan solo un frágil bípedo, un capricho de la evolución, una peligrosa anomalía de este planeta. Y durante aquel instante interminable me pareció leer en la expresión prehistórica del animal una especie de advertencia, o promesa, o amenaza: nos volveremos a ver, amigo, me decía Aletarrota, eres tú el extra-terrestre. Se comunicaba con el lenguaje silencioso de un superviviente de muchas extinciones masivas.

1 El «tiempo profundo» es el término utilizado en geología para definir la enorme duración temporal de las transformaciones naturales, como la creación de cadenas montañosas, que requieren elaborados procesos que se prolongan en un arco temporal amplísimo. [N. de la T.]

Este es mi océano, parecía decirme, no puedes quedarte aquí, porque el océano no es inagotable y no puede aguantar todo. Nosotros nos estamos extinguiendo por culpa vuestra. Y, cuando ya no estemos aquí, todo el equilibrio marino se desmoronará y los primeros en pagar las consecuencias seréis vosotros, los humanos.

Envuelto en el traje de neopreno, dentro de la jaula, con la máscara empañada ahora por la emoción, sentí un escalofrío. No era de miedo. Cualquiera que haya tenido contacto cercano con tiburones sabe que a estos depredadores les importan bien poco los humanos. No somos su comida favorita. Mi ataque de angustia era por otro motivo: aquello era como un acto despiadado de revelación de mis debilidades, como si aquel enorme pez de dientes mortalmente afilados me hubiera arrancado los velos de la hipocresía, de la mentira, de la exculpación.

A pesar de las barras de acero de la jaula, estaba desnudo y expuesto a una verdad que tenía cuatrocientos millones de años, tal es la edad de la aparición de los tiburones en el planeta. ¿Cómo no darle la razón? Solo los imbéciles no advierten los procesos autodestructivos que no logramos o no queremos detener. Además, el mensaje abismal de Aletarrota tocaba las fibras más profundas de la conciencia. Las del género humano en su complejidad, ciertamente; pero también las mías, sea como representante de la especie, sea como individuo único e irrepetible que llega a la tierra para dar curso a un destino siempre en vilo entre el bien y el mal,

como el de todos. La mirada del depredador había penetrado hasta lo más recóndito de mi alma sucia.

Después de aquel último pase cercano, Aletarrotta desapareció de la perspectiva profunda y luminiscente del mar de Shark Alley y ya no se dejó ver en los días restantes de la expedición en Sudáfrica.

Hasta que, hace tres años, en la primavera de 2020, en pleno confinamiento, mientras estaba recluido en casa asediado por la pandemia de covid-19, como el resto del mundo, después de muchos años, volví a verla.

Trabajaba tranquilamente en la recopilación de material con vistas a un futuro artículo informativo para *La Rivista della Natura* sobre la colonia de tiburones grises que orbitan en torno a la isla de Lampione, en Lampedusa, objetivo de una expedición científica del Shark Study Center en aquellas aguas, prevista para el verano siguiente si la pandemia lo permitía. Navegando por la red en busca de datos genéricos sobre la situación de los elasmobranquios del Mediterráneo, encontré la web del Ocean Club, una empresa o asociación o grupo que financia y recauda fondos para la protección del ambiente marino mediante la fórmula de «adopción a distancia».

Comprando por una modesta suma una pulsera determinada, conectada a una aplicación, se podía adoptar virtualmente un ejemplar de una especie en peligro de extinción o que había sido rescatado por alguna circunstancia. En particular tortugas, tiburones, osos polares, delfines y ballenas. Una vez

adoptado el animal, gracias a un marcador satelital, existía la posibilidad de seguir virtualmente a distancia sus movimientos sentado cómodamente frente a la pantalla de un ordenador o teléfono móvil.

Respecto a los tiburones, por ejemplo, una nota informativa en el sitio web del Ocean Club dirigida a los posibles interesados explicaba: «Tan pronto como los tiburones rescatados están listos para ser liberados en el mar, nuestros socios colocan en sus aletas un pequeño dispositivo GPS, inofensivo y no dañino, para que podamos rastrear su recuperación y prevenir la caza furtiva. ¡Tú también podrás seguir el apasionante día a día del tiburón que has apadrinado!». La página web también prometía fotografías de los especímenes que se adoptaran, siempre que estuvieran disponibles.

Entonces fui a ver el catálogo de los tiburones. Había cuatro o cinco individuos disponibles para la adopción a larga distancia, incluidos tiburones mako y tiburones blancos. Y, de pronto, allí estaba ella, Aletarrota. La reconocí al instante. La fotografía mostraba la aleta dorsal, era una imagen que había sido tomada, evidentemente, justo después de la aplicación del dispositivo GPS para seguir sus movimientos. Era probable que la operación se hubiera realizado durante un viaje de observación en una jaula protectora, ya que era difícil creer que el detector electrónico se hubiera aplicado tras una situación peligrosa para el depredador. En cualquier caso, reconocí con certeza la lesión curada en forma de V en la aleta, confirmada por la ficha de presentación del animal, que se ofrecía bajo el nombre de Rebeca.

«Rebeca —se leía en la ficha— es un tiburón blanco (una especie en peligro de extinción) que navega por el golfo de Sidra desde que le colocaron el rastreador GPS en noviembre de 2019».

«El golfo de Sidra —continuaba la ficha informativa de la web del Ocean Club— le ofrece un coto de caza ideal con temperaturas agradables y un litoral rico en presas. Pero al mismo tiempo puede ser un entorno hostil debido a la sobrepesca que se practica en aquellas aguas. A pesar de ello, Rebeca tendría mucha suerte si encontrara a un compañero que quisiera seguirla por estas aguas». «Rebeca —también se leía en la página— nos ofrece información valiosa sobre el movimiento de los tiburones blancos. Y aún le quedan por delante muchos buenos años que vivir».

A continuación, la foto de la aleta y la nota sinóptica:

Especie: tiburón Blanco (*Carcharodon carcharias*)

Género: hembra

Nombre: Rebeca

Longitud: 4 metros

Signos distintivos: gran cicatriz en la aleta dorsal

Era ella, sin duda. Pero ¿qué hacía Rebeca/Aletarrota en el golfo de Sidra? En todo el mundo, según se ha calculado, existen entre 7500 y 9000 ejemplares de grandes tiburones blancos. Es una especie cosmopolita que puede vivir más de setenta años y a la que le gusta viajar, pero también pasa largas temporadas en una zona determinada. Estudios recientes han demostrado que estos depredadores

son capaces de realizar migraciones oceánicas de largo alcance. Precisamente el uso de marcadores electrónicos satelitales en algunos ejemplares frente a las costas de Sudáfrica y la costa oeste de Estados Unidos ha demostrado que los tiburones blancos pueden atravesar las cuencas oceánicas o remontar las costas continentales y utilizar hábitats pelágicos durante meses. Así que era más que probable que, desde que nos habíamos separado diez años antes en las turbulentas aguas de Gansbaai, Aletarrota hubiera decidido despedirse de sus compañeros y vagar hasta llegar al sur del Mediterráneo. Pero ¿por dónde? Tal vez bordeando la costa occidental de África y pasando por el estrecho de Gibraltar. ¿Era eso posible? Evidentemente sí lo era. Pero ¿por qué no hacer como muchos otros de sus compañeros y cruzar el océano Atlántico para ir a visitar a sus parientes en las costas occidentales o incluso orientales de los Estados Unidos?

La idea de que Aletarrota me estaba buscando y de que estaba allí para entrar en el momento oportuno al corredor del Adriático y venir a mi encuentro fue tomando forma lentamente en algún rincón de mi cerebro mientras realizaba en el ordenador los trámites para comprar el brazalete y adoptar a Rebeca.

La obsesión, según los diccionarios, es un fenómeno patológico que se manifiesta con la aparición de una idea o de cualquier representación mental, una idea omnipresente que, acompañada de un sentimiento de ansiedad, se le impone al sujeto de forma irreprimible y lo impulsa a realizar determinados

actos, a abstenerse de hacer otros o a obstinarse con determinados pensamientos.

El amor, por ejemplo, es una obsesión que nos lleva a realizar determinados actos o a abstenernos de hacerlos o a obcecarnos con pensamientos fijos. Y muchas veces la obsesión, como el amor, tiene una función compensatoria: nos ofrece un ancla en momentos de desorientación o confusión, o cuando la situación personal o general impone una asunción de responsabilidades o de compromiso que parece que supera nuestras posibilidades. En esos momentos una idea obsesiva puede convertirse en un cómodo refugio, una digresión útil para poner orden en el caos. Hay quienes se convencen de que la Tierra es plana, por ejemplo, o de que el hombre nunca ha pisado la Luna, o de que detrás de la realidad vivida se esconden conspiraciones planetarias en virtud de las cuales unos pocos explotan a muchos —como de hecho sucede—, así que mejor ser o parecer víctimas que asumir la responsabilidad de frenar esos poderes incontrolables o la inevitable entropía del mundo.

Hay quien, en cambio, se refugia en el amor, o en lo que imagina que puede ser el amor, una especie de afecto morbosos lanzado como una flecha hacia objetivos imposibles, actores o personajes famosos, o tal vez hacia alguien —hombre o mujer— apenas entrevisto o conocido. Sujetos que, con toda probabilidad, no es factible que entren en nuestra esfera cotidiana y emocional; y que, sin embargo, en esos momentos de confusión y angustia parecen estar ahí precisamente para ofrecernos un refugio seguro

a nuestros naufragios, en virtud de quién sabe qué supuestos. Los caminos del inconsciente son infinitos y el funcionamiento de nuestro cerebro, especialmente cuando se confabula con el corazón, sigue siendo un enigma difícil de resolver.

Por ello, en aquellos primeros días de confinamiento impuesto por la pandemia global, se luchaba contra una inesperada soledad y contra la catastrófica conciencia, compartida con el resto de la población mundial, de que el virus, aunque quizás fuera el resultado de un error humano, no era el primero y no sería ciertamente el último en socavar nuestra especie —sin contar las guerras, los cambios climáticos y otras desgracias diversas—, y en aquellos tristes días maduré la absurda certeza de que un enorme pez depredador navegaba por los meridianos terrestres para venir a saldar las cuentas de mis culpas. Tanto las generales, por así decir, las inherentes al hecho de ser humano y por tanto culpable de haber sido expulsado del paraíso terrenal haciendo de la Naturaleza un recurso al que expoliar sin límites, como las específicas, por haber sembrado dolor y sufrimiento entre mis semejantes, culpable de haberme dejado seducir por las sirenas del insidioso mar, acabando en los escollos de la mentira, de las traiciones, de la general inadecuación a la vida.

Las sirenas, precisamente. He conocido a las hadas del agua y su voz resuena todavía en alguna parte dentro de mí. Es una historia de hace algunos años, y es la primera historia del mundo submarino que le contaré a ese alguien que no soy yo.

Las cuevas respiran, las cavidades naturales, e incluso artificiales, tienen su propia voz. La geografía del vacío forma un conjunto de cajas de resonancia donde el silencio nunca es absoluto. Es una experiencia común a todo espeleólogo o excursionista del mundo subterráneo y es, si se quiere, uno de los aspectos menos apreciados o buscados, una parte considerada accesoria dentro del cúmulo de sensaciones que nos acompañan en las visitas y exploraciones al mundo hipogeo.

Pero la gruta de Foran des Aganis,² en la ladera del monte Piccat, que se eleva sobre Torreano, en la provincia de Udine, en la región del Friul-Venecia Julia, constituye una excepción. Cualquiera que haya estado allí lo sabe, ha oído las voces de las Aganas, ese particular trino coral de jóvenes irreverentes que parecen haberla tomado precisamente con uno, que se mofan del individuo que chapotea en el agua entre un lago helado y un estrecho meandro inundado, y que se repiten en su inagotable conciliábulo de forma casi hipnótica. Es un sonido continuo y modulado, y uno no puede evitar pensar en el canto de las sirenas. Y, si lo que oyó Ulises fue algo así, se

2 *Foran des Aganis* significa «Gruta de las Aganas». Las Aganas son figuras míticas, protectoras de las aguas, que viven en fuentes y arroyos. Su mito se originó del de las ninfas del bosque romanas (del latín *aquana*) fundido con el de figuras de la mitología germana o eslava. Seres legendarios, generalmente jóvenes y atractivas, pero también, algunas veces, viejas y espectrales. Semejantes a las «xanas» del folclore de Asturias y León y a las «anjanas» cántabras. [N. de la T.]

podría comprender por qué pudo haberse quedado algo aturdido.

La gruta del Foran des Aganis tiene, pues, esa particularidad. El incesante fluir de las aguas, la especial morfología y la conformación de los senderos crean una secuencia de ecos que, en determinados puntos, adquiere los tonos y modulaciones de una alegre congregación de voces femeninas. Voces jóvenes. Un fenómeno conocido desde siempre y que puede darse incluso ya a la entrada de la cueva, donde a veces el alegre canto rebota perceptiblemente en las paredes. Pero es en las zonas más internas de la cavidad, una vez pasado el sifón de entrada, donde en algunos puntos, y dependiendo de la cantidad de agua que fluye, las hadas se hacen oír con más intensidad.

La mitología local ha fomentado la aparición de una serie de narraciones y leyendas sobre las hadas del agua, las Aganas, y se han escrito numerosos artículos, historias y libros. Por otra parte, las Aganas ni siquiera son exclusivas de la provincia de Udine; también las encontramos, por ejemplo, en las cuevas de Pradis, en Clauzetto (provincia de Pordenone), un municipio que cuenta con una tradición consolidada en materia de brujas, hadas, demonios y demás compañía. Pero el aspecto periodístico-mitológico es otra cuestión.

Lo que me viene a la mente, sobre todo, es el impacto emocional y ético de este fenómeno. Quien haya permanecido bajo tierra durante más o menos tiempo ha experimentado la alternancia de sonidos y silencio en una cavidad, y también cómo cada una

de ellas posee, por así decirlo, su propia especificidad. Cada cueva o abismo tiene su propio sonido, su propia voz, que en general es diferente de cualquier otra, simplemente porque no hay una cueva que sea igual que otra y, por lo tanto, no hay una volumetría idéntica a otra. No soy un experto, y a menudo no nos damos cuenta, pero el conjunto de ecos, vibraciones y gradaciones del sonido contribuyen a crear una sonoridad específica, que en mayor o menor grado envuelve a cualquiera que ronde por el mundo subterráneo.

Sin embargo, el fenómeno del Foran des Aganis es algo diferente. Aquí las hadas hablan, o más bien bromean y ríen. En serio. Es algo que llega al cerebro y al corazón pasando por los pabellones auriculares, una interferencia sonora que en sus repetidos ecos tiene un efecto marcadamente diferente, por ejemplo del tictac incesante del goteo, e inevitablemente invita al complejo entramado de las sinapsis a dar cuerpo a las imágenes. Como cuando al escuchar el canto de un pájaro nos imaginamos al animalito incluso sin verlo.

Realicé la excursión y la inmersión en las grutas de las hadas en 2014. Era un domingo soleado de febrero, frío y luminoso. Junto con mi amigo y guía Duilio subí por el sendero que se encarama por la ladera del monte Piccat, justo sobre el pueblo de Prestento, una minúscula pedanía del municipio de Torreano, en el corazón del Friul, que no tiene más que ciento setenta habitantes y cuyo nombre significa ‘prado pobre’. La gruta se abre en el curso